Ateneo Ferrolán

EL RADICAL

ÓRGANO LOCAL DEL PARTIDO

Año I | Redacción y Administración: Canalejas, 152 - 1.º | Ferrol, 12 de Octubre de 1935 | Se publica los sábados. No se devuelven los originales | Núm. 23

EL HOMENAJE DEL BLOQUE GOBERNANTE EN HONOR DE D. A. LERROUX

La nota política de la semana que finaliza—como la más señalada—ha sido el homenaje que las fuerzas políticas del bloque gobernante dedicaron al Jefe de nuestro Partido, D. Alejandro Lerroux.

Lo mismo el discurso del señor Gil Robles, al ofrecer aquél, que el del Sr. Lerroux para agradecerlo, dignos son de la atención ciudadana, por el encendido amor a España que ambas piezas oratorias rebosan.

El Sr. Gil Robles, al trazar la semblanza de nuestro ilustre caudillo, señaló los grandes sacrificios que D. Alejandro Lerroux y con él el Partido Radical, tuvo que realizar y viene de continuo realizando en bien y por el bien de España y de la República. En las subsiguientes palabras el Sr. Gil Robles, afirmó y supo concretar lo que el espíritu de sacrificio y la generosidad de D. Alejandro Lerroux significan para la vida del Régimen Republicano. "En estos momentos críticos—dijo el Jefe de la Ceda—en que la generosidad y el sacrificio han debido aparecer entre todos se nos muestra de nuevo don Alejandro Lerroux para decirnos que ha sabido descender de las cumbres del Poder para ocupar un alto cargo, prestando sincera colaboración y entusiasta apoyo a los hombres que trabajan por el ideal de servir a su país. Y yo lo digo—añadió el Sr. Gil Robles—*que hoy le veo más alto que hace unos días.*"

Por cuanto al discurso del señor Lerroux refiérese, pasamos a transcribirlo en parte, dejando al libre juicio de nuestros lectores el comentario que nosotros, aun cuando nos lo propusiéramos, no sabríamos aderezar con justeza e imparcialidad, siquiera sea por el entrañable afecto que al ilustre jefe de nuestro Partido profesamos.

He aquí palabras de su discurso:

Yo soy un hombre del pasado. He visto nacer la República en condiciones que no pudo soñar mi fantasía de republicano y revolucionario que pensó siempre en que el régimen sólo podría advenir en medio de una sinfonía de cañones y ametralladuras y al advenir la República todos aquellos que nos hallábamos en las reducidas organizaciones republicanas formadas por militantes de los viejos partidos, nos sentimos desbordados por las masas neutras por las cuales se dió el triunfo a la República, y me sentí obligado hacia ellas, que entendí que desde aquel instante debí vincularme a ellas y vincularlas a la República.

Y desde aquel momento me dediqué a organizar mi labor, encaminada principalmente a que el Gobierno cediera el poder que tenía en sus manos, antes de que la República desapareciera del todo. Y cuando se verificaron las elecciones y surgieron unas Cortes cuya composición determinó la democracia, yo me incliné ante ese mandato y su soberanía, y entendí que quienes tenían mayoría en el Parlamento tenían también derecho a gobernar.

Acaso la sabiduría del Poder moderador entendió que los partidos que no habían obtenido en la oposición la experiencia y homogeneidad necesarias para gobernar, debían contar con la colaboración de otros partidos que si no gobernaron mantuvieron la lucha en la oposición dentro y fuera del Parlamento, que bien suplía a la experiencia.

Fuí yo, con mi responsabilidad, quien recogiendo la generosidad que me brindaron los que tenían más votos en el Parlamento, pude formar Gobierno. Pudo haber Cortes y pudo haber República. Porque si llegan a negármela, ni el Gobierno hubiera podido desenvolverse, ni arraigar la República. Pensad la gratitud que me obliga a los elementos que sin compromiso con el régimen prestaron este servicio al mismo. Pero había gentes que pedían más, que demandaban que fuesen por las calles con un gorro frigio, y que ostentasen en la frente un sello que les marcara como republicanos, como si los compromisos entre caballeros no fueran algo que obligara más que la letra escrita.

Yo ponía por encima de mis ideales personales y de partido las necesidades de la República, y he llegado a decir que lo que deseo es la República por encima de todos: si no es por la derecha, por el centro, y sino por la izquierda, porque estimo que la ley del progreso se cumple igual con la derecha que con la izquierda, que con el centro.

La fortuna política mía, que siempre me acompañó me ha llevado a tratar y obtener la colaboración de hombres como el señor Gil Robles y esa misma suerte me lleva a no tener que lamentar defecciones de estos hombres que no son hermanos míos ni tienen mi espíritu ni mi propia carne lo que he tenido que lamentar de quienes lo tenían.

Llegará un momento en que tendremos que separarnos sin renunciar a nuestras banderas propias, y cada partido podrá realizar su programa. Precisa que mis amigos contribuyan con su ejemplo, con su disciplina y con su abnegación a que esta colaboración actual política se consolide convirtiéndose en el bloque por antonomasia, en un bloque de amor a España en el que los que estamos en el centro, a la izquierda, tengamos que soportar los embates de la extrema izquierda y los que se encuentran en el centro a la derecha, tengan que soportar los embates de la extrema derecha a los que no renuncian.

Creo, sin embargo, que esa separación está muy lejana todavía porque la evolución de la democracia no se improvisa, pero el día que nos separemos lo haremos sin reñir..

... ...

Quiero recoger algo de lo dicho por el señor Gil Robles. No como propio mérito, porque soy fundamentalmente liberal y fundamentalmente republicano. Cuando fué necesario formar este Gobierno el señor Gil Robles vino a pedirme lo que estimaba que era un gran sacrificio y tuvo palabras que difícilmente podré olvidar, pero yo no lo juzgo sacrificio sino una enseñanza para mis correligionarios a quienes quiero demostrar que en la República se está para ocupar cualquier puesto para el que se le designe por modesto que sea.

... ...

"El Ártabro" y la bandera gallega

En tanto la fecha de salida del "Artabro" hacia el Amazonas se vá acercando de día a día, la controversia en torno a la bandera regional que ha de arbolar la nave expedicionaria del capitán Iglesias Brage, sigue ocupando con manifiesta inoportunidad las columnas de la prensa gallega.

Ya casi precisado el día—tan cercano—de la salida de la nave que ostenta la antigua denominación geográfica de nuestro puerto cuando sería obligado que todos los gallegos, unidos por el vínculo fraternal de nuestro patriotismo, nos dispusiéramos a verla zarpar en cariñosa y emocional despedida, nos complacemos, por el contrario en suscitar cuestiones—que antes desunen que hermanan como debieran—cual es ésta de la bandera regional, cuestión que ya fué fallada y sobre la que no caben ya ridículas apelaciones ante el tribunal de la opinión gallega.

El caso—lamentable, por cierto—es que el "Artabro", que nosotros sepamos, todavía no posee la bandera gallega que con la venia del Gobierno de la República y por acuerdo del Patronato de la expedición amazónica, habrá de arbolar en su día—el mismo de su salida de El Ferrol—al lado de la bandera nacional. La discusión en tanto sigue—más y más apasionada y nunca, como en estos momentos, tan inoportuna—alrededor del añejo pleito heráldico. Que si la Academia Gallega, que si la de la Historia, que si la enseña blanca de los Literarios o la blanca y azul que fué noble y merecido sudario de Curros y de Rosalía; que si esto, por si aquello, pero en tanto, el día de la partida del "Artabro" se aproxima y lo cierto, lo que si no ofrece dudas, es que la nave expedicionaria aun no tiene bandera. Pero, ¿hasta cuándo vamos a seguir siendo así de bizantinistas los gallegos? ¿Hasta cuándo?

Conocida es ya nuestra opinión acerca del pleito de nuestra bandera regional. Para nosotros, como para todo el pueblo gallego, excepción hecha de media docena de falsos eruditos y sistemáticos contradictores, la bandera regional no es otra que no sea la que viene ondeando en las dependencias oficiales de carácter local a la izquierda de la bandera tricolor, así como en nuestro primer centro docente regional, la cual, desde hace muchísimos años fué consagrada por el pueblo de Galicia. Acerca de esto ya se nos puede decir a nosotros como se le pudiera decir a la mayor parte de los gallegos, —a todos los gallegos, salvo la excepción previamente hecha—lo que se quiera y a los señores deportistas de la discordia se les antoje, que no habrá ello de modificar ni un ápice nuestra opinión. De ella estamos seguros, sin otro aducir en este caso, que la nuestra es opinión sincera y tan desinteresada cuanto firme y, sobre todo, saturada de amor a nuestra querida tierra.

Si de nosotros dependiera fallar el pleito de la bandera—ello es sólo un decir—que el "Artabro" debe enarbolar, por lo que dejamos dicho, fácil sería saber cual habría de ser nuestro fallo. De todos modos EL RADICAL, ante la próxima salida del "Artabro", de más estará el decir que vota por la enseña blanca y azul, reputándola—sin otras dilaciones y conforme al sentir de todo el pueblo gallego—la auténtica bandera de nuestra Región. Y, esto dicho, volviendo al hilo inicial de estas líneas escritas a vuela pluma, plácenos unir nuestros votos y de ello dejar aquí constancia, a los de todos aquellos que desde las columnas de la Prensa regional vienen propugnando por la bandera blanca y azul, que, sin duda de ningún género ha de arbolar el "Artabro" al lado de la gloriosa bandera de la República española.

LA GUERRA

Trágico balance

En estos momentos de gravísima tensión internacional y de psicosis bélica que amenaza arrastrar a Europa y al mundo tras una horrorosa conflagración guerrera—la más devastadora de todas cuantas dejaron constancia dolorosa en la Historia de la humanidad—, procede meditar en lo que serán sus alcances destructores (si ello no se acertara evitar), puesta la vista en el trágico balance de la contienda guerrera de 1914-1918, a la que en apariencia—nada más que en apariencia—pusieran término los tratados de Versalles y del Trianón.

A juzgar por el balance de la pasada guerra europea, y teniendo en cuentalos adelantos (si así, por paradoja, pueden llamarse) que en los procedimientos y en las máquinas de destrucción se denunciaron desde 1914-1918 a esta parte, los alcances del amago horrendo que se cierne al momento sobre la humanidad y sobre la civilización, son imposibles de ser imaginados, ni aun remotisimamente, por el más fantástico de los cerebros.

La guerra europea de 1914-1918, que arruinó la economía del mundo entero y enterró en las trincheras, después de incalculables padecimientos, a lo mejor y más valioso de la juventud europea, arrojó a su final el siguiente horroroso balance:

12.996.571 muertos.
16.257.000 heridos, y
5.669.000 inválidos.

Por cuanto se refiere a la riqueza destruida, baste saber que los gastos directos de la llamada gran guerra, ascendieron a la suma fantástica, más que astronómica, de 1.303.735.459.719 pesetas (*un billón trescientos tres mil setecientos treinta y cinco millones cuatrocientas cincuenta y nueve mil setecientos diez y nueve pesetas*), y las propiedades destruídas a pesetas 591.570.000.000 (quinientas noventa y un mil quinientas setenta millones).

Por lo que este balance tiene de elocuente, júzguese lo que sería hoy una guerra en Europa y cuales serían sus consecuencias finales.

Deber ineludible de todas las naciones—aun cuando no sea más que por egoismo instintivo—es reaccionar contra la guerra, que de no ser detenida y conjurada, acabará sin duda alguna por hundir en la noche de la barbarie la prometedora civilización occidental, después de despoblar el mundo, en medio de horrores y calamidades sin cuento.

Un amigo de la Paz.

Ciudadanos: Leed todos EL RADICAL

HACIA LA NORMALIDAD

Con verdadera satisfacción hemos leído el acuerdo recaído en Consejo de Ministros, en virtud del cual quedan restablecidas las garantías constitucionales en todo su vigor, en veintiseis provincias españolas, entre las cuales, se encuentran las cuatro gallegas.

Por espíritu liberal, y, tanto como por esto, por entender que el acuerdo ministerial a que nos referimos, es síntoma cierto y punto inicial del restablecimiento de la quebrantada normalidad civil maltrecha a causa de la revolución de Octubre, es por lo que hoy hacemos pública la íntima satisfacción que sentimos, deseando al mismo tiempo que en el resto de las provincias, que del estado de guerra pasaron al de prevención, sea pronto un hecho el pleno restablecimiento de las garantías constitucionales.

Es, por hoy, cuanto más fervorosamente deseamos.

Tres grandes hombres de Francia

Al proponernos hablar acerca de los tres grandes hombres de Francia, —Voltaire, Montesquieu y Rousseau—hemos de hacerlo comenzando por el primero de los tres pensadores, cuya sátira mordaz hirió profundamente los convencionalismos de la época, y al decir de Víctor Hugo, fué el precursor que anuncia y precede a la Revolución, *la estrella de esa gran mañana...* Pensador de alto vuelo, filósofo profundo, crítico severo, fulminó Voltaire con su lógica de hierro, a los tres poderes absorbentes que habían establecido su omnipotencia en la tierra: el clero, la nobleza y las dinastías reales. Bajo su influencia de escritor infatigable, estos altos pedestales que habían dominado a los pueblos fuéronse desmoronando poco a poco por su base, y dos décadas después de la muerte del eminente enciclopedista, los blasones, las tiaras y las coronas, rodaban por el suelo como débiles bambalinas. Voltaire fué guía y fué antorcha, fué el faro que iluminó el alma universal en medio de la tempestad que se agitaba en torno de las viejas sociedades. Su verbo fecundo penetró como una flecha en los dogmas, en las tradiciones, en la idolatría, en lo sofístico, en lo injusto, en todo aquello, en fin, que fuera susceptible de recibir el dardo de su apocalíptica mentalidad; y oradaba, oradaba siempre con la tenacidad de un hurón. No perdonó ni a Platón, ni a Jesús, ni a su contemporáneo Rousseau. Se burló de los milagros del Antiguo y del Nuevo testamento y *limó los dientes de la inquisición.* Todo cayó bajo la crítica de su formidable escalpelo. Sin embargo, eso no impidió que exaltara a Sócrates y a Alejandro, y fuera un pontífice de la verdad. Tres veces tuvo que huir de Francia para escaparse del furor de sus enemigos, pero esto no atemperó su carácter ni amenguó el fuego de su alma. Conservó siempre su idiosincrasia y jamás subordinó las convicciones de su espíritu a las necesidades de la situación.

He ahí la fisonomía moral del sarcástico y talentoso escritor que arrojó por toda la Europa, la si-

miente de las teorías modernas, cuya divulgación debía producir tan estupenda y asombrosa reacción social.

* * *

Dicho esto vamos a delinear a grandes rasgos, las modalidades de otra figura que ha culminado con la interpretación real de las necesidades que aquejaban a la humanidad en aquella edad de grande y gloriosa efervescencia. Queremos referirnos a Montesquieu, coatemporáneo de Voltaire, cinco años mayor que éste y como él igualmente ilustre. Hombre de ley, consagró su vida al estudio del derecho y bregó como un atleta contra la autocracia ambiente. Demostró que todas las naciones debían disfrutar de la libertad y que los reyes debían estar bajo el control de las asambleas representativas. De esta manera arrojaba el dardo que debía producir la muerte del absolutismo.

En 1784 publicó su obra magna la más ingente concepción de los tiempos modernos. *El Espíritu de las Leyes.* En esta obra, el esclarecido filósofo y político, realizó una verdadera disección de los principios que informaban a los gobiernos despóticos y proponía para cada estado, la constitución de tres poderes distintos y autónomos: el poder legislativo, el poder ejecutivo y el poder judicial.

Este trabajo, que en un año se reeditó veinte y dos veces, fácilmente da una idea del éxito y de la preponderancia que alcanzó. Y Montesquieu, atacando los privilegios, destruyendo los errores que encumbraban a los reyes hasta la idolatría, ofreciendo a las colectividades la visión clara y posible de su emancipación de los tiranos, y proponiendo el establecimiento de formas liberales de gobierno, bajo el régimen de la igualdad, abría una terrible brecha en las arcaicas e intolerantes prescripciones de los señores, y otros horizontes más amplios bosquejábanse a través del oscurantismo y de la ignorancia que aletargara la conciencia de las masas. Esta obra básica de los derechos del hombre, ejerció tanta influencia en la opinión, que fué por decirlo así, como un peñasco arrojado en los desfiladeros del mal que dividió el camino ancestral que había recorrido, por uno nuevo, a cuyo frente vislumbrábase la aloorada de la razón y de la justicia.

Pero sus concepciones y sus teorías se alejan más aún del convencionalismo de las leyes, y en uno de sus trabajos dice:

"Yo pienso que no es otro quien piensa en mí. Reconozco lo que es justo y ninguna otra justicia, prevalecerá contra la mía."

Eliseo Reclus, refiriéndose a estos pensamientos individualistas de Montesquieu, dice que "la sátira de las *Cartas Persas*, se elevan muy por encima de la patria, y de las religiones y sobre todo de la rutina formidable de las leyes".

* * *

Juan Jacobo Rousseau, que fué arrollador como el torrente, tempestuoso como su vida misma, alma y númen de aquel hermoso despertar que fulminó las hegemonías sociales de su siglo, puede decirse que completó la obra.

Este, entre todos los grandes hombres de aquel tiempo, ya sea porque vivió las amarguras y las injusticias que envolvieron su existencia, más honda e intensamente que sus contemporáneos, fué quizás, el que más avanzó en el campo de la sociología y bregó abiertamente por la implantación de la república. Cuando los otros escritores buscaban el lenitivo para curar aquella epidemia de cosas preexistentes, tan profundamente arraigadas en la entraña misma del complexo institucional de los estados este eximio sociólogo se adelantaba con su *Contrato social* para hablar de teorías que recién, un siglo más tarde, comenzarían a preocupar seriamente la atención de los Proudhon, Marx y Engel.

"El hombre ha nacido libre y en todas partes lo hallamos prisionero... ¿Cómo se ha verificado el cambio?". He ahí la piedra angular de su filosofía.

Su obra fué pues, bruscamente destructora y reconstructiva. Fué también profética, porque hablando sobre la asociación del capital y del trabajo, en una época que la instauración de tales pricipios parecía utópica, solo preparaba el camino para que sus ideales hallaran eco en las generaciones sucesivas. Y no se equivocó. Sembrador de ideas nuevas, fustigador ferviente de aquellas situaciones amorfas, genial en sus concepciones ideológicas, anormal, profundo, raro, complejo, lleno de defectos y de virtudes, fué turbulento como el mar embravecido y suave como la brisa que sopla en el estío. Tal fué Rousseau: Luz que resplandece y huracán que abate, para condensar su vida en una frase.

E. N.

El Maestro

SU FUNCION SOCIAL

II

(*Conclusión*)

Cabe ahora preguntar, conocido el valor del maestro como elemento constitutivo de la sociedad, qué grado de alteración experimenta ese valor cuando pasa de "elemento componente" a "factor determinante".

Incorporado a la masa social a solicitud de ésta, se le da por entero.. Las que hasta ese momento eran virtudes en agraz, promesas valimientos del individuo aislado se vuelcan bien pronto en el caudal común; no como el aporte de un simple afluente, sino con el ímpetu de la correntada que se despeña de lo alto de la roca, imponente y majestuosa, y a cuyo contacto se agitan las aguas, se colora el espacio con las fulgentes radiaciones del iris, tuercen su curso muchos ríos ahondan el cauce los arroyuelos y refrenan sus embates bravíos muchos mares procelosos.

El maestro conviértese entonces en potencia creadora, en fuente perenne de salutíferas energías. Su radio de acción pasa, del terreno personal, a la heredad colectiva. Los beneficios de su sacerdocio trascienden rápidamente a la masa social que él va torneando a su molde. ¡Conociendo sus maestros se conocen los pueblos!

Ya no es el asceta que predica en la ermita de su alma, anhelando sólo la propia salvación: es el apóstol que se lanza entre los niños, para infiltrarles las virtudes que anhela ver reproducidas en ellos. Es ahora el "elemento" transformado en "factor"; la idea, hecha tangible, corpórea; la visión, adquiriendo contornos reales y palpables; es el buril, cincelando la piedra; es el espíritu, el índice, la estrella del Oriente guiando a los caminantes a través de la noche para enseñarles allí, está la verdad, aquí el derecho acullá la moral, acá la justicia...

Alborea. La fronda se puebla de rumores: hay cantos en los nidos y aroma en los vergeles. Despiertas están ya la campiña y las ciudades. El trabajo alza su cetro, llamando a todos los hombres a procurarse el pan. Allá va la alegre caravana de tiernas cabecitas, con bullicio de jilgueros, camino de la escuela. ¡A estudiar!...

¡Dos, tres, cien, mil niños!... he aquí a los hombres del mañana. Los que serán gloria de la estirpe y honra de la Patria... ¿Quién moldeará sus almas? ¿A quién confía la humanidad el timón de sus bajeles? ¿En manos de quién vamos a poner el corazón de nuestros hijos?... Y ante estos cavilosos interrogantes surge una sola respuesta una sola figura y una sola promesa: el Maestro.

Allí está él, junto a los bancos de pie, frente a sus alumnos, a los que acoge con gesto cariñoso, paternal, blando. Les exhorta a la labor y al deber. No va a limitarse simplemente a trasmitir sus conocimientos, valiéndose de métodos más o menos didácticos. ¡Es esa una trasvasación que cualquier buen libro puede efectuar! Va el maestro a hacer una obra superior: a repartir su alma entre los niños; a inculcarles sus arraigos de moral, de orden, de obediencia y de respeto; a educar el sentimiento de sus alumnos, para que dentro de los pechos infantiles vibre sonora la nota del afecto. Va a dar la noción exacta del derecho de cada uno distribuyendo con justicia su censura y su aplauso. Va a cimentar el respeto a la personalidad de cada cual, diciéndoles hasta dónde llega la perseverancia en el esfuerzo, que es el hijo más noble de los hombres. Va a vigilar con paterno afán las acciones, los gestos, las costumbres de todos, tratando de descubrir virtudes dignas de encomio o vicios acreedores al castigo de enmienda. Va a labrar la grandeza verdadera de la Patria, doblando la rodilla ante la memoria de los grandes y formando corazones y cabezas en la escuela donde ha forjado su altivez y pundonor Y va, por fin, a culminar en su obra de educación social, diciendo cómo debe ser de firme el vínculo de la familia, cuales los respetos a las leyes y a los hombres, y como hemos de tender la mano al viandante que arrastra su dolor por los caminos...

Esa es la misión, la función social que desempeña el maestro desde el aula.. Y es una colaboración de altísimo coeficiente para la colectividad, porque eso es lo que no está en los libros y lo que los libros no pueden enseñarnos.

Esa falange de niños llevará luego a sus hogares la voz del maestro, refiriendo sus emociones con esa intensidad y colorido que las bocas infantiles ponen en sus relatos. Escuchados en el tranquilo retiro del hogar, allí de sobremesa o junto a la llama crepitante de la hoguera, el maestro impone siempre su figura; su recuerdo llena la vida de los niños y hace cavilar la gratitud paterna; su voz suena siempre como la más certera prevención del error; su palabra se graba imborrable en la mente de las generaciones, y concluye ganándose el respeto de los pueblos, a los cuales repartiera, con espléndida munificencia, su alma, su cabeza y su corazón...

La función social del maestro así cumplida, es la generadora más fecunda de un porvenir brillante para la humanidad. Su prédica y su influencia ván mucho más lejos que la de cualquier religión, por perfectos que sean los cánones de ésta. Porque todas las religiones comienzan imponiendo el renunciamiento al albedrío propio, para seguir el cauce de la grey; la sumisión incondicional a los preceptos y disposiciones de la secta; la obediencia automática y sin reparos del creyente, y la fe ciega en los misteriosos designios de una tutela divina, para concluir entregando al individuo en brazos de una vida contemplativa, en la cual perece lo más grande que albergamos los hombres dentro del alma: el sentimiento de la propia personalidad.

¡Pero el maestro, no! El nos despierta a la vida: nos dice de la belleza de las auroras y de la magnificencia esplendente del crepúsculo; nos demuestra el proceso biológico en sus más asombrosas manifestaciones; nos habla de la cristalización del carbono y de la inmensidad del espacio en que gravitan los mundos; delimita el derecho de los hombres entre sí y nos incita a elevarnos por virtud del esfuerzo personal; y llega a la cima de su sacerdocio, cuando abre por entero las puertas de nuestro ser, para que la Ciencia y la Verdad iluminen hasta las más recónditas lobregueces del espíritu, y para que la sociedad humana aspire incesantemente a una perfección que lo será tanto, cuanto más se afirme en nuestras almas el derecho a la vida propia y el respeto a la de los otros...

Hombres que formáis las sociedades; sociedades que formáis los pueblos; pueblos que formáis la humanidad: ¡Elegid los maestros que han de acompañaros!

Maestros: ¡conducid los pueblos a la culminación de sus destinos! ¡De vosotros depende que brillen en la Historia o que yazcan sepultados en la sombra!

Angel J. PARIENTE.

LA GUERRA

El Hambre asoma su jeta,
su jeta de pergamino.
La Peste emponzoña el aire
resinoso entre los pinos.
Expectación. Ansiedad...
(Nadie se acuerda de Cristo.)

Cuatro jinetes se calzan
sus espuelas de oro fino,
de oro comprado con sanngre,
sangre de muertos y heridos.

Hay un caballo bermejo,
hay un caballo amarillo,
hay otro negro, otro blanco.
Cuatro caballos distintos.

En el espacio, en los mares,
tierra adentro, sus anillos
remueve el monstruo de fuego
perfectamente científico.

(Sylock piensa en su dinero;
las mujeres, en sus hijos.)

Alrededor de una mesa,
los más sesudos políticos
hablan de la Paz. Se impone
evitar un gran conflicto.

Mientras, los cuatro jinetes
ponen el pie en el estribo.

UN MINUTO DE SILENCIO

Por los que todo lo dieron.
Por los que todo lo perdieron
ganando sólo un laurel.
Laurel en serie, reverdecido
en la tumba, labrada a cincel,
del soldado desconocido.

J. ORTIZ DE PINEDO.

Nuestra neutralidad

Por ajustarse al criterio liberal y pacifista que nos es caro a la inmensa mayoría de los españoles, y, por juzgarlo sabiamente inspirado complácenos transcribir en nuestras columnas el presente articulo aparecido en el diario madrileño "La Libertad", de la próxima pasada semana:

"Somos enemigos declarados y abiertos de la guerra, de todas las guerras. Por convencimiento ideológico, por sentimiento humanitario, por repulsión instintiva a la violencia odiamos las matanzas salvajes a que los dictadores conducen a sus pueblos. Y todo nuestro odio—santificado por el deseo de ahorrar lágrimas y sangre—cae sobre los responsables de la barbarie, sobre quienes determinan el estallido de la catástrofe.

Contra ellos, contra el fascismo en este caso—contra el fascismo nunca contra el pueblo italiano—, está nuestra opinión, clara y abiertamente. El fascismo ha roto las hostilidades, el fascismo ha agredido a un pueblo inerme, el fascismo ha dejado caer una lluvia de bombas sobre una ciudad extraña sin molestarse siquiera en declarar la guerra. Y lo ha hecho como culminación de su política, como derivación obligada y fatal de los anhelos bélicos predicados durante doce años, como tabla de salvación para impedir que el pueblo reaccionara violentamente contra quienes le arrebataron sus libertades democráticas.

El fascismo es el culpable de la guerra, el responsable de la matanza. El pueblo etiope cumple con su deber defendiéndose. Hace exactamente lo mismo que hizo España cuando las tropas napoleónicas invadieron el suelo nacional. Hace lo que haría cualquier país del Mundo si un extraño, sin otra razón que la fuerza, sin otra ley que su capricho, comenzase a bombardear sus hogares y a matar centenares de mujeres y niños.

No ocultamos que nuestras simpatías están del lado de las víctimas, de los invadidos, de los que combaten en defensa de su libertad nacional. E incluso junto a quienes trabajan y laboran por impedir que la razón de la fuerza se imponga sobre la fuerza de la razón. Porque si triunfa ese criterio no habrá nación pequeña, pueblo débil seguro sobre la tierra. Y todos, absolutamente todos, estaremos a merced de los caprichos o los deseos de otra nación más fuerte, vecina o lejana.

Somos defensores de la neutralidad española. Pero nuestra neutralidad no es la de quienes desean el triunfo del "duce". Hemos entendido siempre—y los hechos nos dan la razón—que el fascismo es incompatible con la paz del Mundo. Deseamos su fracaso, que será una victoria de la legalidad y de la democracia. Pero si antes de caer, en medio de su desesperación al ver cómo el Mundo entero se vuelve contra él, intentase hacer en Europa algo semejante a lo realizado en Etiopía, la misión de todos es clara. En defensa propia, en defensa del suelo nacional, contra el agresor, contra el provocador de la guerra, todos unidos. Hasta terminar con la amenaza que significa la subsistencia de un fascismo agresivo y belicoso que quiere encadenar el Mundo, como antes encadenó a su propio pueblo.

Vivir para ver

Por lo visto—ello nosotros lo ignorábamos, y con sinceridad hemos de confesarlo—, en nuestro Municipio existe un llamado Secretario suplente con supuesta "opinión opinable". Por cierto que no lo sabiamos, aun cuando lo que si no ignorábamos es que la plaza de Oficial primero está sin cubrir y que esta plaza—tenemos entendido—corresponde desempeñarla a un señor letrado según acuerdo de la Corporación.

Ahora bien: si la tal plaza de Oficial primero estuviera provistada conforme al acuerdo de la Corporación, el abogado que la desempeñase, cuando hubiera de actuar en funciones de Secretario accidental, es de suponer que sabría interpretar el Estatuto Municipal y toda la demás legislación reguladora y complementaria. Pero como ello no es así, como en nuestro Municipio la plaza de Oficial primero no está cubierta de la manera que debiera, y, como asimismo, por otra parte, el Derecho Administrativo se estudia (que nosotros sepamos) en las Universidades, he ahí el por qué de nuestro asombro al leer cierta pregunta concretada en estos términos: "¿Qué opinará el señor Secretario suplente de dichos acuerdos y de lo que determina el apartado 2 del art. 227 del Estatuto Municipal?

¡Que paveros!... El "Sr. Secretario suplente"—opinamos nosotros—puede opinar lo que quiera y lo que le dé la gana (a ello tiene perfectísimo derecho como cualquier mortal), pero por la misma razón lo tenemos nosotros a opinar—y ya son "opiniones", ciertamente—que el llamado "Secretario suplente" no tiene "opinión opinable" en el caso que nos ocupa. ¡Lástima fuera!...

Pero, en fin, vivir para ver...

LOS NUEVOS BÁRBAROS

La civilización, diríase a veces que sólo es una piadosa mentira que el hombre ha inventado para engañarse a sí mismo. Porque en el fondo, en lo más recóndito y oscuro, en las misteriosas profundidades de la subconsciencia, el hombre actual aloja al hombre pretérito. Los bárbaros no desaparecieron con Atila, ni se acabaron en los Campos Cataláunicos. Disfrazáronse únicamente, adaptándose por defuera a la sucesiva metamorfosis de los tiempos, esperando agazapados—como las fieras en sus cubiles—, la coyuntura de poder volver a reunirse en hordas para dar rienda suelta a sus instintos cavernarios, asolando entre alaridos bestiales cuanto signifique cultura y progreso. Es decir, civilización.

Los hondos, los muy hondos trastornos de esta época convulsa, nacida por vía directa de la Gran Guerra, parecen ser propensos al retoñar de la barbarie. Tantas cosas derrumbáronse entonces, tantas ideologías y doctrinas hicieron bancarrota en aquella espantosa catástrofe, que en el triste hueco dejado por ellas, se han ido luego aposentando otras a modo de falsas recidivas, las cuales lógicamente diputábanse como muertas o desaparecidas por la simple gravitación secular. La realidad demuestra a las claras, sin embargo, que no es así. Achaques regresivos. Sorpresas del desquiciamiento contemporáneo. Burlas del pasado que tira siempre hacia atrás.

Empieza a esparcirse por los ámbitos ceñudos de ciudades y pueblos y por el aire dilatado—cargados aquellos y éste de sombras fatídicas—el ronco aullar de las turbamultas barbáricas que, impacientes, tienen prisa por irrumpir de nuevo en la superficie terrestre y con ímpetu ciego de alud, arrasar el contenido del esfuerzo tesonero que la humanidad acumuló en el transcurso de largos, de penosos siglos de lucha. Abundantes síntomas inequívocos, dan una idea aproximada de las intenciones angelicales que abrigan los bárbaros modernos. Al principio, temerones aunque cautos, dejaban asomar apenas las puntiagudas orejas. Hoy con el desconcierto y la vacilación imperantes dondequiera, asistidos de las reacciones más anacrónicas, aunados por las fuerzas más siniestras, se han envalentonado y animándose a salir fuera de sus espeluncas, comienzan a extender su tiránico dominio por zonas en donde el cansancio o la desmoralización engendró, pesimista, la indiferencia.

El mundo sufre una enorme crisis moral. Trascendente. De consecuencias imprevisibles. Y la moral es, —ahora y en todos los tiempos—, la gran palanca propulsora del espíritu humano. Como que es superioridad creativa. Fuerza de fuerzas. Rebajada, disminuída ella a límites más que reducidos, exiguos, las pasiones inferiores—de subsuelo—fermentan y hallan campo abierto para manifestarse sin trabas ni reatos. Así la vida en sus múltiples fases, refleja de manera patente la turbia influencia de tanta parvedad espiritual como padece el mundo, la cual a modo de broza va invadiendo terreno y borrando limpios caminos. Los pueblos olvídanse o echan a un lado principios morales elementales, sumergiéndose en un mar crespo de rencores, de pugnas y de rivalidades: Los hombres muévense acuciados por apetitos pedestres e inmediatos, faltos de un ideal generoso y común que los cobije fraternalmente, con alumbre en esta hora sombría, tempestuosa, y los eleve por encima del crudo materialismo que aprisionándoles, asfixia en sus conciencias cuanto poseen de bueno y de noble.

Es aprovechando este grave malestar universal que estremece los más apartados rincones de la tierra, llenándolos de angustia creciente, que los nuevos bárbaros se yerguen, cálanse el casco en la cabeza estopeña y se disponen a la incursión devastadora por tierras cielos y mares. Cada día que pasa aumenta el relajamiento social. El orden se cuartea, las organizaciones económicas e industriales crujen, el comercio se ahoga, los tinglados políticos viénense abajo, las instituciones fallan o funcionan con escasa eficacia, las comunidades, el trabajo—paradoja inaudita—, produce el fenómeno de la desocupación, los nacionalismos tan mal entendidos como interesadamente aguzados, mírense y remírense unos a otros con recelo soberbioso, los ojos chispeantes de odio, de antipatía, en tanto—perdido ya todo freno—se arman cual nunca preparados a destruirse ferozmente.

Y los nuevos bárbaros, sintiendo revivir en sus entrañas remotos instintos, atizan las discordias interiores y exteriores, resucitan hábitos y costumbres salvajes de tribu arremeten troglodíticos contra la inteligencia y los sentimientos humanitarios, mientras pública y ostentosamente rinden culto a la bestialidad, no reconociendo más Dios que la fuerza bruta ni más derecho que la violencia. En cuanto a ley la suya.

Para oponerse a la amenaza pavorosa de una nueva invasión de bárbaros, no le queda al mundo más remedio que reaccionar pronto y con energía del deplorable marasmo espiritual en que se ha sumido. Pronto, antes que no sea tarde. Volver por sus fueros esencialmente humanos y retornar con tanta fe como decisión, a las rutas de verdad y de luz que señala el espíritu. Ese espíritu harto maltrecho desde hace unos años, ese espíritu que los bárbaros nuevos, sañudos e ignorantes, desprecian y niegan. O el espíritu purificándose rehabilitándose vence por siempre a los bárbaros, o los bárbaros acaban en definitiva con el espíritu. Y entonces, si éste se pierde naufragando en las tinieblas apocalípticas del caos, el mundo sólo será una simple expresión zoológica.

Domingo BRUNET.

UN CUENTO DE VOLTAIRE

Los dos consolados

Decía un día el gran filósofo Cetófilo a una dama desconsolada, y que tenía sobrado motivo para estarlo: Señora, la reina de Inglaterra, hija del gran Enrique IV, no fué menos desgraciada que vos; la echaron de su reino, se vió a pique de perecer en el Océano en un naufragio, y presenció la muerte del rey su esposo en un patíbulo. Mucho lo siento, dijo la dama, y volvió a llorar sus desventuras propias.

Acordaos, dijo Citófilo, de María Estuardo, que estaba honradamente prendada de un guapo músico que tenía excelente voz de sochantre. Su marido mató al músico, y luego su buena amiga y pariente, la reina Isabel, que se decía doncella, la mandó cortar la cabeza en un cadalso colgado de luto después de haberla tenido diez y ocho años presa.. ¡Cruel suceso! respondió la señora, y se entregó de nuevo a su aflicción.

Bien habréis oido mentar siguió el consolador, la hermosa Juana de Nápoles, que fué presa y ahorcada. Una idea confusa tengo de eso, dijo la afligida.

Os contaré, añadió el otro, la aventura sucedida en mi tiempo de una soberana destronada después de cenar, y que ha muerto en una isla desierta. Toda esa historia la sé, respondió la dama.

Pues os diré lo sucedido a otra gran princesa, mi discípula de filosofía.. Tenía su amante, como la tiene toda hermosa y gran princesa: entró un día su padre en su aposento y cogió al amante con el rostro encendido y los ojos que como dos carbunclos resplandecían y la princesa también con la cara muy encarnada. Disgustó tanto al padre el rostro del mancebo, que le sacudió la más enorme bofetada que hasta el día se ha pegado en toda su provincia. Cogió el amante las tenazas y rompió la cabeza al padre de la dama, que estuvo mucho tiempo a la muerte, y aun tiene la señal de la herida; la princesa desatentada se tiró por la ventana y se estropeó una pierna, de modo que aun el día de hoy se le conoce que cojea aun que tiene hermoso cuerpo. Su amante fué condenado a muerte por haber roto la cabeza a tan alto príncipe. Ya podeis pensar en que estado estaría la princesa cuando sacaban a ahorcar a su amante; yo la iba a ver con frecuencia cuando estaba ella en la cárcel, y siempre me hablaba de sus desdichas.

¿Pues por qué no quereis que me duela yo de las mías? le dijo la dama. Porque no es acertado dolerse de sus desgracias, y porque habiendo tantas principales señoras tan desventuradas, no parece bien que os desesperéis. Contemplad a Hécuba, contemplad a Niobe. ¡Ah! dijo la señora, si hubiera vivido yo en aquel tiempo o en el de tantas hermosas princesas, y para su consuelo les hubierais contado mis desdichas, ¿os habrían acaso escuchado?

Al día siguiente perdió el filósofo a su hijo único, y faltó poco para que muriese de sentimiento. Mandó la señora hacer una lista de todos los monarcas que habían perdido a sus hijos y se la llevó al filósofo, el cual la leyó, la encontró muy personal y siguió llorando. Al cabo de tres meses se volvieron a ver, y se pasmaron de hallarse muy contentos. Levantaron entonces una hermosa estatua al tiempo con este rótulo: *Al que todo lo consuela.*

Son los presentes, momentos de prueba, en los que, como necesidad irrefragable, se imopne un alto a la lucha, una tregua a las pasiones, para, mirando el presente,—nuncio de un futuro mejor—unirnos todos en defensa de nuestra ciudad.

«España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional».

El Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional, incorporándolas a su derecho positivo.

Arts. 6.º y 7.º, respectivamente, de la Constitución de la República española.

Imp. EL CORREO GALLEGO—11.853